

caballería germana y las legiones de César rechazaron victoriosamente el ataque que contra ellas intentó la excelente caballería enemiga, y á consecuencia de esta derrota el grueso del ejército celta, compuesto de 80,000 infantes y 15,000 jinetes, hubo de refugiarse en la bien provista Alesia, donde fué sitiado estrechamente por los romanos. Mientras la caballería celta iba siendo derrotada por la germana, César cercó la plaza fuerte con una línea de fortificaciones que medía una extensión de cuatro leguas. Antes, sin embargo, de que quedase completamente terminada, mandó el celta salir toda su caballería, con el encargo de recorrer toda la Galia desde las Ardenas hasta el Océano, y reclutar una formidable masa que acudiera al socorro de Alesia. Cuando, despues de cuatro semanas, la falta de viveres puso á los sitiados en situación muy crítica, se aproximó á la ciudad sitiada el formidable ejército celta, compuesto de 250,000 infantes y 8,000 caballos, y formado por contingentes de todos los pueblos insurrectos, á excepcion de los belovacos. Pero César por su parte no solo habia fortificado los baluartes levantados delante de Alesia, sino que habia asegurado sus posiciones exteriores construyendo trincheras en una extensión de seis horas. Las tentativas nuevamente hechas con inusitada energía por Vercingetorix para romper desde la ciudad las líneas romanas y abrir paso á los celtas del exterior por el recinto fortificado, fracasaron por completo. Una derrota sufrida por los que habian acudido al auxilio de Vercingetorix, indujo á éste á entregarse á los romanos: el noble héroe celta se ofreció en holocausto á César por salvar á su pueblo. Una de las crueles manchas con que tan frecuentemente se deshonraron los romanos durante las guerras de conquista, fué el acto de César, cinco años despues, cuando pudo verificar su entrada triunfal, mandando decapitar al caudillo de la sojuzgada nacion. Los prisioneros de Alesia, á excepcion de los eduos y arvernios, fueron reducidos á la esclavitud.

La gran guerra habia terminado, y César se apresuró á pacificar la Galia en todas direcciones: la prudente suavidad empleada para con los eduos y arvernios hizo que pronto se restableciesen las antiguas relaciones con estos pueblos, entre los cuales contaba muchos adeptos el partido romano. En cambio, hubo otras tribus que solo despues de largas luchas pudieron ser sometidas. Durante el invierno del 52 al 51, terminó la última resistencia de los biturigios y carnutos, y durante el año 51 hubo de sostenerse una difícil guerra contra los belovacos, atrebatos, ambianos y otros pueblos belgas, guerra que terminó con la muerte del audaz caudillo belovaco Correo. Labieno dominó los últimos movimientos en el Mosela; en cambio César, despues de haber vencido á los pueblos belgas, tuvo que combatir con las masas de los pueblos insurrectos del Medio y Bajo Loira: los últimos caudillos, Lucterio y Drappes, fueron vencidos en las comarcas meridionales, en Uxelodunum, á orillas del Lot, en el territorio de Cahors; á los soldados que componian la guarnicion de la ciudad vencida, se les cortó la mano derecha como medio de terror para los demás.

Así pues, al comenzar el año 50, la nacion celta estaba sojuzgada, por mas que en el Norte de Bélgica la sumision solo pudiera ser considerada como nominal. La impresion que produjeron la superioridad de las armas romanas y la dureza de los romanos fué tal, que César, despues de haber procurado durante el año 50 atraerse por distintos medios las simpatías de los elementos mas influyentes del país, y de haber abandonado á sí mismas las tribus del Norte y del Noroeste, no tuvo que temer ningun levantamiento celta durante la guerra civil que comenzó al siguiente año. Se aproximaba el momento para César de entrar en nuevas luchas con sus adversarios de Roma. Durante el año 50, los

que acostumbraban á observar las señales de tempestad que entonces se cernian sobre la capital, pudieron ver claramente que el rompimiento de una terrible guerra civil era solo cuestion de tiempo.

XII.—PLANES POLÍTICOS DE CÉSAR. POMPEYO Y LOS REPUBLICANOS CONTRA CÉSAR. CONFLICTO ENTRE CÉSAR Y SUS ADVERSARIOS

No es muy probable que César, desde el principio de su carrera política acariciase el plan de apoderarse de la corona de Roma. Habia comenzado, como hemos visto, su carrera como demócrata, y sus mas ardientes partidarios, así los nobles como los plebeyos, le consideraron siempre tal. Lo que le distinguía de sus amigos, de sus adversarios y de su rival, Pompeyo, era la profunda penetracion de su golpe de vista político, la energía de su inteligencia y la extraordinaria fuerza de su voluntad. El episodio de Sila claramente habia demostrado, que solo la posesion de la fuerza militar podia decidir de la soberanía del Estado romano. En este sentido, deseaba ardientemente la democracia que su jefe mas importante se encontrase en situación de crearse un ejército poderoso, acostumbrado á la victoria y completamente á él adicto. Mientras muchos de los partidarios de César alimentaban la creencia de que solo se trataba de conquistar la última victoria decisiva de su partido, César comprendia que habia trascurrido ya la época de la antigua república, que á la desarmada soberanía del Senado y de la república aristocrática, que llevaban una pobre existencia, habia de suceder la de un imperator militar, y para él era indudable que él habia de ser el nuevo señor del Estado, pues además de creerse nacido para ello, poseia en alto grado el genio de imperator, y fuerza, elasticidad y conocimientos extraordinarios.

Difícil es decir, pues la prematura muerte de César le impidió desarrollar sus planes, de qué manera esperaba armonizar su situación como futuro emperador soberano, con el organismo del poder del Estado republicano que regia desde hacia cinco siglos, y en qué forma creia poder compaginar su nueva posición dominante con la antigua libertad de los ciudadanos romanos. Lo mas probable es que César no aspiraba á fundar su dominacion en los horrores de una guerra civil, y que antes por el contrario de buena gana hubiera evitado toda lucha intestina. Segun parece, su plan era conquistar desde su gobierno de las Galias el segundo consulado para el año 48 y luego convertir su consulado en dictadura y fundar de esta suerte su poder personal, apelando para ello á todos los medios políticos, y aun á la fuerza si así era necesario.

Pero, dado el estado de cosas en Roma, no era posible que tal plan pudiera realizarse. Habia entonces en la capital del mundo dos elementos de fuerza que temian los proyectos de César y que estaban resueltos á impedir su realizacion, aunque para ello hubieran de apelar á la guerra. La oligarquía que contaba con una mayoría decisiva en el Senado, odiaba y temia mas que á otro hombre alguno al conquistador de las Galias. Los hombres que se creían los representantes del pensamiento republicano, le profesaban odio implacable. Todo cuanto desde el año 71 César y Pompeyo habian hecho sufrir en humillaciones á los antiguos y orgullosos grandes de la República, todo constituía una serie de cargos contra César, tanto mas, cuanto que entonces los mas perspicaces miembros del Senado, que antes habian considerado á César como un hombre elegante y afeminado, semejante en todo á Catilina, reconocieron en él al mas poderoso enemigo del antiguo régimen. Desde entonces reconocieron tambien los optimates que la clase media

italico-romana de la península de los Apeninos profesaba á la república mas simpatías de las que se habia creído cuando Pompeyo regresó de Oriente, y que en ella habia crecido la inclinación á la resistencia. La fuerza de esta oposicion se aumentó considerablemente en el verano del año 52 con la adhesion, ya mencionada, de Pompeyo. Este hombre de Estado se hallaba decidido á no perder voluntariamente de nuevo la fuerte situación que habia conseguido. Además como creia inminente un rompimiento con César, túvole mucha mas cuenta aliarse con la mayoría del Senado contra su rival. Y así como él, para el caso de un conflicto con César, adquirió la enorme ventaja de poder aparecer como representante del gobierno existente, así tambien la oligarquía, que entonces no tenia ningun jefe notable, pues sus mejores hombres, como Caton y Ciceron, no eran propios para jefes de partido, adquirió á su vez la no menos importante de ver unido á su causa al célebre imperator, al hombre que mas influencia política tenia en la mitad oriental del Estado. Estas ventajas de Pompeyo y del Senado distaban mucho, sin embargo, de tener la fuerza que aparentaban exteriormente. La alianza de los dos poderes no era tenida por leal. Pompeyo solo podia esperar, en caso de que consiguiera vencer al poderoso rival, llegar á ser el señor único del Estado; en cambio los optimates esperaban que, despues de haberse desembarazado del temido César, podrian deshacerse de Pompeyo, inhábil en política, como otras muchas veces habian hecho. Cuando despues las armas hubieron de decidir del porvenir de Roma y, por desgracia para Pompeyo, se le confió la direccion de la guerra, por la influencia del Senado, el encadenamiento de la política oligárquica contra César, con la personal de Pompeyo, hizo que, en vez de asestar una serie de golpes atrevidos contra el prócónsul de las Galias, se apelara al sistema de las bajas intrigas, en el cual César, que era maestro en el arte de la diplomacia, habia de reportar la victoria antes de que estallase la guerra. La alianza de la ineptitud de Pompeyo con la política tan apasionada como astuta de los optimates, hizo posible que César pusiese de su parte el derecho bajo el punto de vista diplomático.

Para los enemigos de César se trataba ante todo de impedir que el poderoso general consiguiese, desde su proconsulado, el consulado que ambitionaba para el 1.º de enero del año 48, y sus principales esfuerzos tendian á que César, una vez trascurrido el tiempo de su mando, viviese una temporada como simple particular, esperando que entonces podrían envolverle en una serie de procesos políticos que causarían su completa ruina. A este objeto tendia la lucha de intrigas políticas iniciada á principios del año 51. César, en el año 52, durante la dictadura de Pompeyo, habia obtenido, en virtud de proposicion tribunicia, el privilegio de poder ser elegido cónsul en el año 48, aun estando ausente. Cuando, poco despues, se restableció la antigua organizacion electoral que prohibia tal excepcion, quedaron tácitamente anuladas todas las pretensiones de César, y aunque su influencia hizo que se restableciera la cláusula que le favorecia, este restablecimiento no fué confirmado formalmente por plebiscito, quedando por tanto envuelta en la duda su eficacia legal. Mas funestas fueron para César las decisiones que sus enemigos tomaron relativamente á la provision de los gobiernos. Siguiendo la contabilidad acostumbrada en la administracion de los consulados y proconsulados, el gobierno de César en las Galias terminaba á fines de febrero del año 49, contando desde 1.º de marzo del 59, y como, segun práctica constante desde el tiempo de Sila, debia sustituirle en su cargo uno de los cónsules del año 49, por esta costumbre tenia el derecho de ejercer el mando hasta fines de dicho

año, es decir, hasta que llegara su sucesor. Pero desde el cambio introducido por Pompeyo en 52 (en virtud del cual no los que acababan de ser cónsules ó pretores, sino los que lo habian sido cinco años antes, eran los que debian ser nombrados gobernadores), nada impedia que se confiara para el 1.º de marzo el mando de la comarca de los celtas á cualquiera de los antiguos consulares.

Las operaciones contra César comenzaron en Roma en el año 51: el nuevo cónsul, Marco Claudio Marcelo, partidario de Caton, y severo y enérgico optimata, presentó muy prematuramente la proposicion de sustituir en 1.º de marzo del 49 á César en el mando de las dos provincias que le estaban confiadas. La tempestad se desencadenó contra César con extraordinario furor; mas la política indecisa de Pompeyo y la aversion de la mayoría de los senadores á dar un paso decisivo y peligroso, no produjeron entonces resultado alguno. En 29 de setiembre del año 51 se decidió someter la cuestion del reemplazo del gobernador de las Galias á los cónsules del año 50, que lo eran los pompeyanos L. Emilio Paulo y Cayo Marcelo, los cuales en 1.º de marzo del año de su cargo debian tratar seriamente de ella. Entonces se intentó tambien aniquilar el poder militar de César, antes de que pudiese hacer uso de él, decidiéndose á este efecto invitar á sus veteranos, por medio de un licenciamiento, á unirse á la causa del Senado, perfidia que quedó sin efecto, mas que por la intercesion de algunos de los tribunos de la plebe adictos á César, por la fidelidad de aquellos soldados hácia su general.

Para contrarestar estos trabajos de zapa de sus enemigos, César, que sabia esperar con prudencia, no contaba mas que con un medio poderoso, que eran sus riquezas. El cuantioso botin tomado á los celtas desde que habia comenzado la guerra allende los Alpes y el lago de Ginebra, le permitia trabajar incesantemente en la capital en pro de sus intereses, ya mandando hacer grandes construcciones que daban trabajo y sustento á muchos, ya haciendo valiosos regalos á los hombres mas influyentes de todas las esferas. Al llegar la ocasion oportuna, echó nuevamente mano al botin y ganó para su causa al cónsul L. Emilio Paulo, á quien hizo el magnífico presente de 30 millones de reales. Mas difícil de lo que habia creído era sin embargo comprar á uno de sus mas acérrimos enemigos, cual era el tribuno de la plebe Cayo Escrubonio Curior, casado con Fulvia, viuda de Clodio, orador elocuente y dotado de gran talento, y hombre de grandes condiciones y de excepcional audacia, que hasta entonces habia fulminado implacable sus iras contra César. Pero estaba de tal manera agobiado por las deudas contraídas para satisfacer sus pasiones, que César pudo atraerle á sus filas pagándoselas todas, é invirtiendo en ello la suma de 67,500,000 reales, gracias á lo cual tuvo en él un instrumento poderoso. El hábil diplomático de las Galias se habia en tanto mantenido constantemente en una posición sumamente pacífica. Su ejército, que durante el invierno del 52 al 51 se habia aumentado hasta once legiones, mantenía la tranquilidad en la comarca céltica que solo á viva fuerza se habia sometido. Solo una legion habia sido enviada en el verano del año 51 á la Alta Italia, á causa de que, durante la lucha con Vercingetorix, algunos pueblos salvajes de los Alpes (52) habian invadido la ciudad de Tergesta. Además, cuando, entrada la primavera del año 50, el Senado pidió á César y á Pompeyo una legion de cada uno para proteger las fronteras sirias de los ataques de los partos, César se apresuró á enviar una de sus antiguas legiones (la que á fines del año 54 le prestó Pompeyo) á Italia, en donde se la tuvo tan pérfida como locamente en Cápua para que sirviera de reserva contra César. Cuando á principios de marzo del año 50 comenzaron

las negociaciones sobre el gobierno de las Galias, Curion, tribuno de la plebe, desconcertó los planes de los pompeyanos, declarando que si bien consintió en que se proveyera nuevamente aquel puesto, en cambio solo suspendería su veto cuando Pompeyo se decidiese á abdicar los poderes extraordinarios proconsulares, pues únicamente así podría restablecerse un estado de paz y conforme á la constitucion. Pompeyo no quiso naturalmente someterse á esta condicion; y habiendo estado despues enfermo durante mucho tiempo, quedaron en suspenso todas las medidas adoptadas contra César, el cual, aceptando la proposicion de Curion, habia encontrado la ocasion propicia que esperaba de manifestar sus intenciones pacificas y de obtener los votos de la mayoría vacilante del Senado. Cuando el procónsul de la Galia se dirigió á Rávena en el otoño del año 50, pudo presenciar por sí mismo el curso precipitado de los acontecimientos.

Aceptada al fin por el Senado la proposicion de Curion, el fanático partido de la guerra sufrió una severa derrota. De los senadores presentes en Roma, la minoría solo alcanzó 20 votos, al paso que 320 decidieron que César y Pompeyo abandonasen ambos sus respectivos cargos. Entonces los del partido de la guerra perdieron la paciencia y traspasaron los límites del derecho, lo cual era un paso funesto para los representantes del partido conservador. Cuando en octubre del año 50 se extendió la noticia, que en un principio se reputó falsa, de que César habia enviado cuatro legiones á Plasencia, el cónsul Marcelo, por inspiracion propia y contra los deseos del Senado, se apresuró á acudir á Pompeyo, con los cónsules del año 49 Cayo Marcelo (hermano del cónsul del 51) y L. Cornelio Léntulo, exigiéndole que tomase el mando de las legiones de Cápua y reuniese á su alrededor á todos los miembros de la nobleza que estaban sujetos al servicio de las armas. El general comenzó entonces á hacer sus preparativos; César, por su parte, se detuvo, pero dió la orden de marcha á las legiones que habia dejado en el país de los celtas, y confió á Curion, que trascurrido el tiempo de su tribunado se habia dirigido á Rávena (diciembre), la mision de hacer en su nombre la nueva proposicion que habia de poner á sus adversarios en una situacion contraria al derecho. En efecto, ofreció abandonar la Galia hasta 1.º de marzo del año 49 y licenciar á ocho de sus legiones, con tal que se le dejase la Alta Italia con dos de ellas. Mas cuando Curion, en 1.º de enero del año 49, puso en conocimiento del Senado estas proposiciones, los nuevos cónsules se negaron á aceptar estas y otras favorables á César. El Senado entonces, bajo la presion del partido de la guerra, dió su ultimatum, en virtud del cual César debia, en un día determinado, abandonar las dos provincias galas y licenciar su ejército, so pena de ser tratado como reo de alta traicion. Cuando Marco Antonio, que se habia distinguido como militar, y Q. Cassio Longino, amigos de César, interpusieron, como tribunos, su veto contra esta decision, el apasionamiento con que los pompeyanos les amenazaron, dió á César nueva ocasion para presentarse como representante de los derechos tribunicios violados. Declarada, por último, en 7 de enero del año 49, la patria en peligro, dueños los altos funcionarios de los plenos poderes que en tales casos se les conferian, llamada á las armas la nacion y nombrado Pompeyo general en jefe por el Senado, con ilimitadas atribuciones, apresuráronse aquellos dos tribunos á refugiarse en el campamento de César.

El partido de la guerra en Roma habia creído que el paso temerario por él dado disolveria el partido de César, pero se engañó por completo: solo uno de los mejores oficiales de César, Tito Labieno, no se sabe por qué causas políticas ó personales, abandonó al que habia sido su amigo duran-

te tanto tiempo, y se pasó á los optimates para combatir á su lado y con inaudita saña á los que hasta entonces habian sido sus camaradas. Pronto hubieron de convencerse los enemigos de César de que, á pesar de su violencia, se habian precipitado demasiado.

#### XIII.—CÉSAR PASA EL RUBICON Y SE ADELANTA HACIA PICENO. CÉSAR CONQUISTA LA ITALIA Y LA ESPAÑA. ESPAÑA Y MASILIA

Para César era entonces inevitable dar un paso al azar: no tenia la timidez que habia mostrado Pompeyo en Brindis, para dirigir el ataque decisivo contra la ya decrepita república, y habiendo examinado atentamente las probabilidades de éxito que su inaudita empresa le ofrecia, comprendió que no le quedaba mas recurso que llevarla á cabo, si no queria caer en una lamentable nulidad ó ser la fiera cazada por sus enemigos. La empresa era extraordinariamente arriesgada. Contra el poder de un gobierno que disponia de tantos medios y contaba con las simpatías populares hácia la república; frente á un buen general como Pompeyo, á cuya disposicion estaban, entre otros, los contingentes de España y las fuerzas todas de Oriente, desde el Adriático hasta el Eufrates, y al cual habian de unirse, en Galia, Masilia, y en Numidia, Yuba, hijo de Hiempsal II, enemigos personales de César y de Curion, César solo podia disponer de un ejército de 50,000 hombres y del tren puramente indispensable. Era una desgracia, si, que todos los jefes que á sus órdenes estaban fuesen muy inferiores á él; pero en cambio contaba con los poderosos auxiliares del entusiasmo de sus soldados, de la ilimitada unidad de direccion, y sobre todo de su genio como general en jefe. Muy importante fué tambien el hecho de que su provincia de la Alta Italia, patria de sus mejores soldados, le fué fiel, especialmente los transpadanos, á quienes prometió, en caso de victoria, el derecho completo de ciudadanía. Lo que entonces convenia ante todo era aprovecharse del estado incompleto de los preparativos que en la península itálica hacia Pompeyo, invadir desde luego la comarca central del Estado, y conquistarse y tranquilizar, por medios políticos hábiles, el ánimo de las clases acomodadas, que solo miraban á César, á quien esperaban realmente en Roma gentes funestas, como un nuevo continuador de Mario y cómplice de Catilina.

Cuando Antonio y Casio hubieron llegado á Rávena, donde solo habia por el momento una legion, César, con el fuego de su palabra, convenció á los soldados de la justicia de su causa, y, en 12 de enero del año 49, pasó con ellos (5,000 infantes y 300 jinetes) el Rubicon, tradicional torrente que formaba la frontera de la península.

Pompeyo, entonces, tenia en Cápua, base de las operaciones, 7,000 hombres de poca confianza y algunos jinetes, tocando, sin embargo, á su término la movilizacion de 60,000 soldados. Era una empresa temeraria la de César, cuyas principales fuerzas estaban todavía en camino desde las Galias, querer invadir la Italia con tan corto número de tropas. Era cuestion de estorbar los preparativos del adversario y de conseguir algo definitivo antes de que llegaran las siete excelentes legiones de pompeyanos procedentes de España. Esta temeridad, no obstante, produjo sus resultados: despues de haber introducido el terror en las filas enemigas, dirigieron las tropas de César al Sur de Italia por las dos principales vías militares que conducian á Ariminum y á Arretium, sin detenerse y sin encontrar obstáculo alguno que dificultara su marcha. Los reclutas que en distintos puntos se reunian para engrosar las filas de Pompeyo, no se atrevian á intentar un ataque. Pompeyo, bajo la presion de tan difíciles circunstancias y despues de haber enviado á Luceria en Apulia á las le-

giones de Cápua, se apresuró á abandonar la insostenible Roma. Aun aquellos senadores, á quienes se amenazaba, por suponérseles ansiosos de entrar en tratos con los cómplices que César tenia en la capital, huyeron en masa, y los mismos cónsules se marcharon precipitadamente de la capital, abandonando las cajas del Estado. Pompeyo se habia dirigido á toda prisa hácia Teanum Sidicinum, en donde recibió de César (23 de enero) nuevas proposiciones de arreglo que no condujeron á resultado alguno. Luego quiso encaminarse á Luceria, para conseguir que la poblacion del Piceno, completamente adicta á él y á su compatriota Labieno, tomase parte en la lucha contra César; pero éste no le dejó tiempo para ello, pues los contingentes de la comarca de Auximum no pudieron resistir el primer ataque que junto á esta poblacion les dieron las tropas ya reunidas de César, procedentes de Ancona. Solo un cuerpo de 7,000 hombres pudo llegar sano y salvo á Corfinium, donde el sucesor de César en el gobierno de las Galias, Lucio Domicio Enoharbo habia podido reunir 15,000 valientes soldados procedentes de los pueblos montañeses de la Italia central. En tal situacion Pompeyo consideró prudente, y con razon, enviar rápidamente todas estas tropas á Luceria. Domicio, sin embargo, enemigo mortal de César, hombre de escasas dotes militares y sumamente caprichoso, creyó preferible permanecer en Corfinium, y allí se vió al fin sorprendido por César, cuyo ejército, con la llegada de dos de sus antiguas legiones, y con los voluntarios y reclutas de Italia alcanzaba, en 14 de febrero, la cifra de cuarenta mil hombres. El inepto Domicio, que no sabia hacer nada bueno, despues de haber engañado á sus soldados, quiso huir con algunos que le acompañaban; pero habiéndolo advertido sus tropas se apoderaron de él y se pasaron á César (20 de febrero), el cual dejó á Domicio, que, con cierto número de caballeros y de senadores, fuese á reunirse con Pompeyo, y tomó á su servicio á todos los soldados de Corfinium. En estas circunstancias, no le quedó á Pompeyo mas recurso que retirarse á toda prisa á Brindis. Concibió entonces el plan de abandonar la Italia y proseguir la guerra contra César desde Grecia, y en 4 de marzo mandó embarcar en aquel puerto y con direccion al Epiro aquella parte de sus 25,000 hombres con los cuales podia contar á la sazón. Despues con solos 10,000 soldados supo defender tan hábilmente la ciudad de los ataques de César, que no tenia escuadra alguna, que en 17 de marzo pudo, sin haber sufrido ninguna pérdida, embarcar sus últimas tropas y embarcarse él mismo hácia Oriente. Con esto, los dos poderosos adversarios quedaron separados, durante algunos meses, por el Adriático y por el mar Jónico.

De esta suerte la península de los Apeninos, es decir, los principales territorios del Estado, quedaron en veinte dias, y sin lucha alguna, en poder de César. Esto era un gran triunfo; pero la partida no estaba todavía ganada por César: el interés del juego habia crecido y las dificultades para el vencedor se habian aumentado. Italia, mas bien que conquistada, habia sido invadida y sorprendida. Todavía murmuraba la clase media que no cesaba de temer las confiscaciones y proscripciones de César, y que traducia la tranquila suavidad y moderacion del vencedor, como signo de inseguridad y de miedo á Pompeyo. Mucho tenia aun que temer César del poderoso ejército hispánico de Pompeyo, mandado por dos excelentes legados, L. Afranio y M. Petreyo, á los cuales se agregó en el Sur de España el renombrado anticuario M. Terencio Varron; y para el caso de una expedicion á las provincias hispánicas debia prever la contingencia de que Pompeyo, abandonando el Epiro, atacase con su escuadra y á sus espaldas la península y la invadiera con sus tropas. La cuestion era entonces ver si César, con su infati-

gable actividad, conseguiria dar al traste con los cálculos harto patentes del enemigo.

César, en tanto, obraba con energía sin igual, sobreponiéndose á las pasiones y dificultades de toda especie que á su obra se oponian. La disciplina de sus soldados en Italia y la inesperada moderacion con que trató á sus enemigos políticos, le conquistaron poco á poco la confianza del pueblo itálico. Y cuando en Roma, en donde se presentó á fines de marzo del año 49, se encontró con que el cuerpo senatorial le recibia con suma frialdad y se resistia á comprometerse en su favor y contra Pompeyo, no por esto se desvió de la senda que se habia trazado. La oposicion que el tribuno de la plebe, L. Metelo, hizo al proyecto de César de disponer del tesoro del Estado (345 millones de reales), fué vencida sin violencia, y el pretor M. Emilio Lépedo, que despues fué triunviro (nacido en el año 89), y que era uno de los primitivos partidarios de César, fué nombrado prefecto de la ciudad, tomándose luego todas las medidas necesarias para arrebatar lo mas pronto posible el Occidente á los pompeyanos. Curion, con sus legiones, formadas en su mayor parte con soldados de Corfinium, y apoyado por Cayo Caninio Rebilio, estaba en vías de arrojar de Sicilia á M. Caton, y de dirigirse en seguida al Africa, y el legado Quinto Valerio habia ya expulsado de Cerdeña, con una sola legion, á M. Cotta. La Alta Italia fué confiada á un hijo del antiguo triunviro, Craso, y la comarca iliria á Cayo Antonio, hermano de Marco.



Lépedo

César en persona se apresuró, en abril, á atacar con nueve de sus mejores legiones y con 6,000 jinetes germanos y celtas las posiciones que ocupaban en Occidente los pompeyanos, los cuales habian aumentado sus fuerzas con el levantamiento de Masilia, aconsejado por Domicio Enoharbo, el fugitivo de Corfinium. El ataque de Masilia lo llevaron á cabo los legados Cayo Trebonio y Décimo Bruto, el vencedor de los vanetos, que operaron el primero por tierra y el segundo por mar. El mismo César, cuyas tropas habian tomado á los pompeyanos los pasos de los Pirineos, pudo, con seis legiones y la caballeria, atacar, en los territorios hispánicos comprendidos entre los Pirineos y el Ebro, á las cinco legiones de Afranio y Petreyo, y á los guerreros hispánicos (40,000 infantes y 5,000 jinetes). La lucha se entabló principalmente en las cercanías de la ciudad de Ilerda (Lérida), á orillas del Sicoris (Segre), afluente del Ebro. Los legados de Pompeyo habian tomado fuertes posiciones en la ciudad y en la orilla derecha del rio. La campaña, que estaba ya en todo su auge en el mes de mayo, desde la llegada de César (23 de junio) se recrudeció y se mostró desfavorable á César, no solo por los combates empeñados, sino por la falta de víveres y las inundaciones; pero comenzó á tomar un giro favorable á él, cuando consiguió pasar el Sicoris, recorrer con su caballeria la comarca, que se puso en su favor, y dificultar en extremo el aprovisionamiento de los legados. Cuando al fin éstos abandonaron sus posiciones, dirigiéndose por la orilla izquierda del Sicoris al puente de barcas que, á algunas millas hácia el Sur, habian construido en Octogesa (Mequinenza), César, que los perseguia enérgicamente, consiguió dividir el ejército enemigo en su expedicion por el Ebro, y despues de haberle cansado, le dió jaque-mate, táctica y estratégicamente. Pero no quiso derramar inútilmente sangre en una batalla, que de seguro habria ganado, y en 2 de agosto del año 49, el orgulloso ejército hispánico de Pompeyo hubo de deponer las armas y capitular. Siguiendo la conducta benévola que usó siempre para con sus adversarios en la guerra civil, César impuso á las tropas vencidas